

Recordar, compartir, aprender

## Oviedo

Plácida Gracia Castellanos, 71 años

Paz Iver Medina, 20 años

### TACONES DE PIEDRA Y ALQUITRÁN

Es mediodía en un pueblo de la Mancha; el sol es tan fuerte que derrite el asfalto de la carretera que lleva a Santa Cruz de Mudela. Ahí, arrodilladas junto a la carretera, un grupo de niñas juega bajo el sol: el alquitrán es el pegamento perfecto para ponerle tacones, unas piedras, a unas alpargatas viejas. “Eran tiempos difíciles y había que jugar con lo que encontrábamos”. No había dinero para comprar zapatos de tacón ni para una de esas preciosas muñecas de cartón, pero había ingenio y trozos de tela recortados de alguna esquina para hacer la ropa de las muñecas, o lana hurtada de los colchones para hacerles el tronco. Las extremidades eran palos “y no sabes lo difícil que era luego vestir las”.

Plácida es una de esas niñas arrodilladas junto a la carretera bajo el sol de La Mancha. Tiene nueve años y, entre cuidar a sus hermanos y las tareas de casa, tiene poco tiempo para jugar. Suerte que sus amigas le ayudan para que pueda ir con ellas a hacer muñecas, zapatos de tacón, o a robar arcilla de las tejas para hacer cacharros para jugar a las tiendas. Pero Plácida no puede quedarse mucho rato jugando con sus amigas: cuando tenía seis años nació su hermanito, luego vendrían sus tres hermanas. Ella los ha ido criando a todos, “hermanina-mami” la llaman. Su madre trabaja todo el día fuera de casa y si puede amamantarlos es gracias a que Plácida se los lleva al trabajo una vez al día. Cuando su madre regresa a casa, la reemplaza en el trabajo hasta la medianoche.

Son tiempos difíciles y, aunque el trabajo no escasea del todo (trabajando para los terratenientes o como aventador cuando Franco va a cazar por la zona), para los ‘rojos’ como el padre de Plácida es difícil encontrar trabajo. Así que vende leña que recoge en el monte.

Plácida, mientras vuelve a casa después de jugar, recuerda la primera vez que vio a su padre. Tenía unos tres años y pensaba que su padre estaba muerto; de hecho, todos lo creían en el pueblo. Una noche unos golpes en el cristal de la ventana sobresaltaron a la niña. La madre, cansada de las incursiones nocturnas de los guardias civiles buscando a su marido, gritó, una vez más, que él no estaba en casa. “Ábreme, soy el torero”, respondió una voz tras la ventana. Era el padre de Plácida, que llevaba tres años escondido en el monte. De joven quería ser torero, por eso en el pueblo lo llaman así.

El sol se va acercando al horizonte de eras y campos de cereal y recorta la figura delgada y pequeña de Plácida, que va a buscar agua al pozo. En Santa Cruz de Mudela los pozos están dentro de los lindes de las casas ricas y cobran por usarlos. Sólo uno, más alejado del pueblo, es gratuito. Allí se dirige Plácida. No tiene mucha fuerza y es pequeña, por lo que debe apoyar sus rodillas sobre el brocal. Su cuerpo menudo parece doblarse bajo el peso de la cántara y el cubo.

De vuelta a casa, Plácida canta. Sueña con ser cantante, ‘Calandria’ le llaman. También, le gustaría ser peluquera. Sin embargo, uno de sus mayores sueños es estudiar. Tras dejar el agua, la niña va a recoger a sus hermanos a la escuela. Ella nunca ha ido a la escuela. Eso sí, sabe leer y firmar. Recuerda que fue su hermano quien le enseñó a leer: “¿Terminaste ya, Plácida? Ven aquí mientras hago los deberes”. Ahora ella no lo sabe, pero con el tiempo se convertirá no solo en una gran lectora, sino que también escribirá poesías.

Atardece en Santa Cruz de Mudela. Plácida sigue ocupada, siempre hay algo que hacer; y cuando no, siempre se puede aprovechar para jugar un poco o hacer alguna travesura. Es una niña traviesa, pero las circunstancias le han hecho madurar deprisa y sabe que en esta vida hay que ser decidida. Cuando su padre enferma, desoyendo a su madre, va a pedir a las casas ricas. Tiene que hacerlo, por su padre, por sus hermanitos.



La madre le ha prohibido pedir en la casa grande de la esquina; Plácida no lo sabe, pero su madre era sirvienta ahí, y le hiere el orgullo que vean a su hija pidiendo. Gracias a la determinación de la niña, que ignora la prohibición, la señora de la casa grande, al saber de quién es hija, emplea nuevamente a la madre.

Al poco tiempo se quedan en la calle, sin casa y habiendo vendido hasta los colchones. Plácida, que no puede evitar llorar al ver a su padre enfermo y a sus cuatro hermanos sentados en la acera bajo el frío de enero, habla con la señora, que les proporciona una casa. Es entonces cuando las cosas empiezan a mejorar para la niña y su familia: tienen una casa, la madre, y a los pocos años la hija, tiene trabajo, el padre va comprando monte y un carro para llevar la leña, sus hermanos siguen estudiando... Plácida sigue trabajando y cantando, como siempre.

Anochece en Oviedo, más de sesenta años después. Esa niña que jugaba junto a la carretera de un pueblo de La Mancha ya es mayor. En sus ojos luminosos y en su sonrisa puedo adivinar aún a aquella niña alegre, traviesa y a la vez tremendamente madura. Esa niña soñaba con ser cantante: hace poco sintió el aplauso del público tras un concierto que dio el coro en el que canta. Soñaba con tener una tienda: durante muchos años tuvo una a su nombre. Soñaba con hacer vainicas y bolillos: ahora sus ratos libres se llenan de alfileres e hilos de colores. “He cumplido la mayoría de mis sueños”, me dice Plácida, “Hay que recordar el pasado, pero no quedarse pensando en las cosas negativas y tristes. Yo intento ser optimista siempre, aprender del pasado, pero vivir la vida de forma optimista”.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Hablando del pasado, Plácida me dice: “La gente olvida, o quiere olvidar, porque no lo vivieron con ilusión, yo no lo viví como un drama”. Veo a esa mujer, una mujer que ha vivido experiencias durísimas, que ha trabajado toda su vida, que se ha sacrificado siempre por los demás, y la veo recordar su pasado con una sonrisa, diciéndome que hay que ser optimista. Que hay que ver lo bueno de la vida. “Yo era feliz de niña” Y, efectivamente, Plácida es una mujer optimista, alegre, generosa, divertida. Me ha contado situaciones trágicas, pero no ha llorado al recordarlas. “No tiene sentido lamentarse por el pasado, lo que pasó, pasó... ¿de qué me sirve llorar aquello?”.

El último día que la visité, me regaló su mayor enseñanza: “Ahora, con los años, me doy cuenta de que nunca me quise, de que siempre hice lo que los otros querían o necesitaban de mi, de que no elegí, de que no fui yo misma. El no quererse pasa factura con el tiempo. Por eso hay que quererse a uno mismo, para luego dar cariño a los demás. Yo ahora me lo repito cada día. No es que tengas que ser orgullosa o vanidosa, pero quíete a ti misma”. Es la lección de vida de una mujer extraordinaria, que ha vivido trabajando y cantando, que ha sido feliz y ha aprendido de la vida, y que, y esto es lo mejor, aún tiene energía para aprender, para viajar, para ser feliz, para cantar.